

# ACTO ACADÉMICO

## 25° ANIVERSARIO DEL INSTITUTO EMPRESA Y HUMANISMO

Homenaje a  
D. ENRIQUE DE SENDAGORTA

UNIVERSIDAD DE NAVARRA



102665875



Universidad  
de Navarra

INSTITUTO EMPRESA Y HUMANISMO



INSTITUTO EMPRESA Y HUMANISMO  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA  
Pamplona, 5 de mayo de 2011

**ACTO ACADÉMICO**

**25° ANIVERSARIO  
DEL INSTITUTO EMPRESA Y  
HUMANISMO**

**Homenaje a  
D. ENRIQUE DE SENDAGORTA**

INSTITUTO EMPRESA Y HUMANISMO  
UNIVERSIDAD DE NAVARRA  
Pamplona, 5 de mayo de 2011



Universidad  
de Navarra  
Servicio de  
Bibliotecas

ACTO ACADÉMICO  
25º ANIVERSARIO  
DEL INSTITUTO EMPRESA Y  
HUMANISMO  
Homenaje a  
D. ENRIQUE DE SENDAGORTA

Mayo de 2011

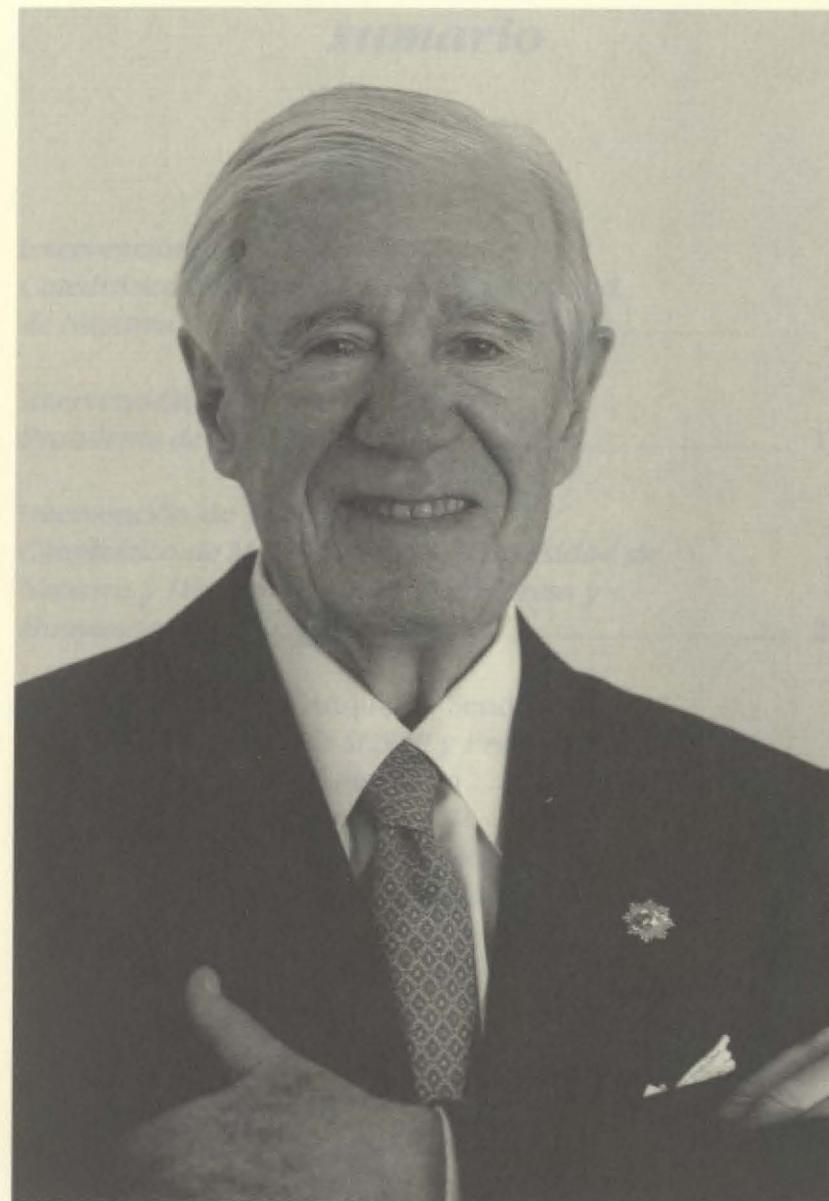
© Instituto Empresa y Humanismo. Universidad de Navarra  
31080 Pamplona. España

e-mail: [cbozal@unav.es](mailto:cbozal@unav.es) y [marina@unav.es](mailto:marina@unav.es)  
[http:// www.unav.es/empresayhumanismo](http://www.unav.es/empresayhumanismo)

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, S. A.

Depósito Legal: NA-1.850/2011  
Imprime: IDAZLUMA, S.A.

Impreso en España





## **sumario**

Intervención de D. Alejandro Llano, <i>Catedrático de Metafísica de la Universidad de Navarra</i> .....	7
Intervención de D. Tomás Calleja, <i>Presidente de FIATLUX</i> .....	17
Intervención de D. Rafael Alvira, <i>Catedrático de Metafísica de la Universidad de Navarra y Director del Instituto Empresa y Humanismo</i> .....	25
Intervención de D. Enrique de Sendagorta, <i>Presidente de honor de SENER y Presidente del Instituto Empresa y Humanismo</i> .....	35
Intervención de D. Ángel José Gómez Montoro, <i>Excmo. Sr. Rector de la Universidad de Navarra</i> .....	49

Alejandro Llano

Catedrático de Metafísica de la Universidad de  
Navarra

## Sumario

Intervención de D. Alejandro Llano Catedrático de Metafísica de la Universidad de Navarra.....	7
Intervención de D. Tomás Ceballos Presidente de IATEX.....	17
Intervención de D. Rafael Alcaraz Catedrático de Historia de la Filosofía de León y Director del Instituto de Estudios Filosóficos.....	25
Intervención de D. Enrique de Sanagorta Presidente de IATEX y Director del Instituto de Estudios Filosóficos.....	37
Intervención de D. Ángel José López Alcaraz Director de IATEX de la Universidad de Navarra.....	49

### Libertad de lo bien arraigado

La independencia, en esta celebración académica, del  
Instituto de Estudios Filosóficos, y la conmemoración  
del 25º Aniversario del Instituto Empresa y Humanismo,  
dada cuenta de ser una casualidad. Porque D. Enrique  
de Sanagorta de modo excelente todos los valores que el  
Instituto ha promovido a lo largo de sus cinco lustros de  
existencia.

En primer lugar, destaca su brillante enfoque personal  
laboral, en el mundo empresarial, campo primordial  
de sus investigaciones y actividades formativas du-  
rante su vida, cuya duración a lo largo de un siglo de  
labor analiza que abarca una de las etapas de  
desarrollo de la humanidad o trivialidad.

He de señalar que, al recibir del Director del Instituto,  
D. Ángel José López Alcaraz, la invitación a pronunciar unas palabras  
en esta ocasión, mi primer impulso fue buscar algún texto

### Alejandro Llano

Catedrático de Metafísica de la Universidad de  
Navarra

### **Libertad de lo bien arraigado**

La coincidencia, en esta celebración académica, del Homenaje a D. Enrique de Sendagorta, y la conmemoración del 25º Aniversario del Instituto Empresa y Humanismo, dista mucho de ser una casualidad. Porque D. Enrique representa de modo excelente todos los valores que el Instituto ha promovido a lo largo de sus cinco lustros de vida.

En primer lugar, destaca su brillante entronque personal y familiar en el mundo empresarial, campo primordial de nuestras investigaciones y actividades formativas durante un período cuya duración a lo largo de un cuarto de siglo habla ya de una constancia que elimina toda sospecha de oportunismo o frivolidad.

He de confesar que, al recibir del Director del Instituto, D. Rafael Alvira, la invitación a pronunciar unas palabras en este acto, mi primer impulso fue buscar algún texto que me ayudara a evocar plásticamente esa tradición que va depositando en las empresas, y en las personas que en ellas trabajan, el poso y el peso que sólo la persistencia en una actividad noble puede conferir.

Los incontables caminos de la imaginación y la memoria me condujeron a tomar en mis manos un ejemplar de *Los Buddenbrook*, la primera gran novela del que llegaría a ser Premio Nobel de Literatura: el escritor alemán Thomas Mann. Lo releí de punta a cabo y fui recordando el interés de Enrique por el ámbito germano y ese arraigamiento suyo en el mundo de las organizaciones empresariales, con una visión que trasciende lo puramente pragmático y entra en ese campo, sólo aparentemente lejano, que es el humanismo.

Los pies alados de la literatura me trasladaron enseguida de la germana Lübeck a la vascongada Plencia, y después a la hispano-asiática Filipinas, y a todo ese mundo que tan plásticamente se describe, y se puebla de vidas y de vivencias, en la encantadora obra de recuerdos autobiográficos a la que Enrique dio el gallardo título de *Aquí estamos*. Magnífico libro, muy bien escrito y lleno de pensamientos sabios, en el que se pueden seguir los hilos que se van anudando en torno a la familia Sendagorta, a través de tiempos y de proyectos. Con una constante vinculación al mar, Enrique hace suyo el lema de D'Anunzio –“*Navigare necesse est*”– que el poeta italiano completó con un suplemento menos evidente aunque no menos radical –“*Vivere non est necesse*”–. Para Enrique y su familia, tampoco vale vivir de manera estática, conformista y desilusionada. Vivir es navegar, arriesgar, querer lo propio y genuino, crear, trabajar, amar a la patria y servir a todos. Vivir de manera conformista, acomplejada o centrada en uno mismo... eso no es vivir.

Resulta fascinante seguir una trayectoria que, siempre cercana al mar o en pleno mar, conduce a toda una estirpe desde las entrañables tradiciones de la marina vasca y las aventuras del comercio internacional, hasta la industria de la más fulgurante modernidad. Aunque pueda parecer paradójico, lo cierto es que no hay ruptura entre lo uno y lo otro. En ese libro de recuerdos, en el que un poema o un texto literario decoran casi cada hoja, podrían figurar estos versos de Juan Ramón Jiménez, que parecen como un emblema de tan brillante familia:

*Libertad de lo bien arraigado,  
seguridad del infinito vuelo*

Sólo hay un tipo de innovación eficaz: aquélla que hunde sus raíces en la tradición vital. Sólo hay un verdadero universalismo: aquél que brota de la tierra propia y se expande por mares y continentes.

Por lo que al acto de esta mañana concierne, podríamos decir que sólo hay un tipo de organización empresarial que consiga ser al tiempo innovadora y permanente: aquélla en que la tecnología de punta y la más dinámica actividad económica están arraigadas en el humanismo, porque surgen de la alta valoración de hombres y mujeres que son capaces de renovarse continuamente en el ejercicio de su dignidad, y en su contribución inventiva al servicio del bien común.

Estos mismos son –adelantaba antes– los ideales que Empresa y Humanismo promueve desde hace 25 años.

Surge esta iniciativa cuando comienza a lanzarse el período de bonanza económica que hemos vivido durante los últimos decenios. En plena era de la arrogancia, nuestro Instituto comienza a hacer propuestas bien fundadas que parecen ir a contra-corriente de un neocapitalismo al que nada parece resistírsele. Ya había pasado la crisis del petróleo y se abría el prometedor campo de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Todo parecía entonces posible. Pocos se dieron cuenta a la sazón de que una de esas posibilidades era precisamente que se pinchara el globo hinchado a la fuerza de tantas compañías “teleco” que brotaron por entonces como hongos. Y así fue.

En las actividades y las publicaciones de Empresa y Humanismo se puso énfasis desde el principio en que lo sustantivo de la nueva galaxia no eran los instrumentos, sino los pensamientos. El dedo indicador apuntaba hacia un futuro al que cabe llamar “sociedad del conocimiento”, pero a no pocos –fascinados por el anuncio de una nueva era– no se les ocurría otra cosa que mirar al dedo, ignorando la meta a la que señalaba.

La verdadera riqueza no se encuentra en las cosas, por sofisticada que sea su estructura, sino que se halla en las personas: en su capacidad de pensar con rigor, de planear de modo realista, de comunicarse con claridad y precisión, de ampliar horizontes, y de ver algo que emerge donde parece que todavía no hay nada. ¿Cómo se logran éstas que la actual pedagogía llamaría –de ma-

nera harto mostrenca– “habilidades” o “destrezas”? La respuesta es: por medio de la educación. Bien entendido que educación no equivale a adiestramiento, y mucho menos a domesticación. La aventura de educar consiste en ayudar a las vitalidades que se estrenan en la vertiente nueva de la juventud para que desarrollen libremente su inteligencia y acrisolen de manera exigente su voluntad. Tras la “sociedad de la información” y la “sociedad del conocimiento” nos encontramos hoy ante el reto de la “sociedad de la educación”. Porque las nuevas generaciones no se encuentran, por lo general, preparadas para afrontar los desafíos de una sociedad que se ha hecho extraordinariamente compleja, y que lleva camino de que se oculten ante ella sus valores más hondos. Los actuales enfoques de la educación –en todos los niveles formativos– no están a la altura de este requerimiento, como lo demuestra la cadencia del descenso de la calidad de enseñanza. De manera que será muchas veces la propia empresa la que habrá de cargar con la responsabilidad de ofrecer a sus jóvenes miembros la formación que la escuela no ha alcanzado a proporcionarles.

Cuando, desde hace tres o cuatro años, ha irrumpido en los países supuestamente más desarrollados una crisis inquietante, lo más desazonador ha resultado ser que los propios que deberían reconducirla y superarla no están en condiciones de hacerlo, porque han sido ellos mismos quienes la han provocado, con unas actitudes cuyo origen no se encuentra en la falta de técnica sino en el abandono de algo más importante aún: la ética.

La actitud del “ya lo decía yo” es ligeramente odiosa y rara vez resulta justificada. Pocas cosas hay más arriesgadas que oficiar de profeta. Pero, contando con esto, no deja de ser cierto que muchas tesis que Empresa y Humanismo ha anticipado y defendido desde hace veinticinco años, obteniendo a veces una respuesta condescendiente por parte de la audiencia, esas mismas tesis humanistas y éticas parecen hoy día obvias, porque ya no son predicciones sino enunciados de hecho acerca de lo que hay.

Por eso es motivo de alegría y de serenidad que el núcleo de este mensaje humanista acerca del mundo de la economía y de la empresa se pueda hoy leer en un documento tan profundo como es la encíclica de Benedicto XVI, *Caritas in veritate*, sobre la cual –y en torno al concepto de *don*– organizó hace poco Empresa y Humanismo un interesante encuentro de expertos.

Para navegar en mares tan revueltos ha sido providencial contar a la rueda del timón con una persona como Enrique de Sendagorta, tan avezada a afrontar fenómenos que van desde la tormenta a la calma chicha. Nunca se le ve tenso o airado. Su rostro parece traslucir la armonía de alguna composición musical de procedencia germánica, repasada quizá algún día de verano en la wagneriana Bayruth. Con su imborrable sonrisa, nos da a todos la serenidad que requieren los tiempos duros, a los que tampoco está desacostumbrada la Universidad de Navarra. Como la propia institución universitaria que lo

acoge, cuyo discurrir no se mide ni en años ni en días, Empresa y Humanismo es un proyecto de largo aliento, cargado ya de experiencia, pero que es consciente de estar dando sus primeros pasos.

Son ya muchas las personas y las instituciones a las que Empresa y Humanismo, y quienes en el Instituto hemos trabajado, debemos nuestro reconocimiento y nuestra gratitud: académicos y empresarios que han puesto generosamente sus conocimientos y sus energías al servicio de la investigación y la transmisión de un saber acerca de lado humano y social de las corporaciones empresariales. Entre ellos, y en lugar muy destacado, figura como un foco de claridad, la rica personalidad profesional y humana de D. Enrique de Sendagorta.

Tomás Calleja

Presidente de FIATLUX

Las instituciones no se crean por decreto, sino que surgen de la necesidad de la sociedad. En el caso de la Universidad de Navarra, fue el Sr. Euzkadi quien, en 1944, tuvo la idea de crear una universidad que sirviera de puente entre la cultura clásica y la cultura moderna. Desde entonces, la Universidad de Navarra ha sido un lugar de encuentro de personas de diferentes culturas y de diferentes épocas. En el momento de su creación, la Universidad de Navarra era una institución que buscaba la excelencia académica y la formación integral de sus estudiantes. Hoy en día, la Universidad de Navarra sigue siendo una institución que busca la excelencia académica y la formación integral de sus estudiantes. En el momento de su creación, la Universidad de Navarra era una institución que buscaba la excelencia académica y la formación integral de sus estudiantes. Hoy en día, la Universidad de Navarra sigue siendo una institución que busca la excelencia académica y la formación integral de sus estudiantes.

Para navegar en mares tan revueltas ha sido providencial contar a la rueda del timón con una persona como Enrique de Sendagorta, tan virada a afrontar fenómenos que van desde la tormenta a la calma chicha. Nunca se le ve tensa o airado. Su rostro parece traslucir la armonía de alguna composición musical de procedencia germánica, repasada quizá algún día de verano en la wagneriana Bayreuth. Con su imborrable sonrisa, nos da a todos la serenidad que requieren los tiempos duros, a los que tampoco está desacomodada la Universidad de Navarra. Como la propia institución universitaria que lo

El Sr. Euzkadi, fundador de la Universidad de Navarra, fue un hombre de gran visión y de gran capacidad de trabajo. Su idea de crear una universidad que sirviera de puente entre la cultura clásica y la cultura moderna fue una idea que cambió la historia de España. Desde entonces, la Universidad de Navarra ha sido un lugar de encuentro de personas de diferentes culturas y de diferentes épocas. En el momento de su creación, la Universidad de Navarra era una institución que buscaba la excelencia académica y la formación integral de sus estudiantes. Hoy en día, la Universidad de Navarra sigue siendo una institución que busca la excelencia académica y la formación integral de sus estudiantes.

25 años. Instituto Empresa y Humanismo. Aquí sí que hay memoria histórica y no memoria histórica. El Instituto Empresa y Humanismo es...

Justo, pero mayor Expeno, pero inquieto. Sabes, otro aprendizaje. Ajustado, pero valiente. Excepcional, pero exigente.

Ajetivos de hoy, pero impulsos de mañana.

Muchas instituciones tienen los años que tienen como años de pasado. El Instituto Empresa y Humanismo tiene los años que tiene, veinticinco, como años de presente, que es ahora.

Sabemos que tenemos razón. Creemos que nos van a escuchar. Pensamos que nos van a hacer caso. Porque lo que sabemos, lo que creemos y lo que pensamos es bueno y útil.

Pero no. Hemos aprendido que las cosas buenas no son nunca a causa de algo, sino que son, siempre, a pesar de mucho. Hemos aprendido que las cosas son más buenas mientras más barreras y obstáculos les pongan los

**Tomás Calleja** que no creen y los que no piensan.  
**Presidente de FIATLUX** que saben hacer las cosas, las

25 años Instituto Empresa y Humanismo. Aquí sí que hay memoria histórica y no memoria histórica. El Instituto Empresa y Humanismo es:

Joven, pero mayor. Experto, pero inquieto. Sabio, pero aprendiz. Asustado, pero valiente. Escandalizador, pero creyente.

Adjetivos de hoy, pero impulsos de mañana.

Muchas Instituciones tienen los años que tienen como años de pasado. El Instituto Empresa y Humanismo tiene los años que tiene, veinticinco, como años de presente, que es distinto.

Sabíamos que teníamos razón. Creíamos que nos iban a escuchar. Pensábamos que nos iban a hacer caso. Porque lo que sabíamos, lo que creíamos y lo que pensábamos era bueno y útil.

Pero no. Hemos aprendido que las cosas buenas no son nunca a causa de algo, sino que son, siempre, a pesar de mucho. Hemos aprendido que las cosas son más buenas mientras más barreras y obstáculos les pongan los que no saben, los que no creen y los que no piensan.

Y eso es así porque la vida va poniendo a cada uno en su sitio, de forma que: los que saben hacer las cosas, las

hacen. Los que no saben hacerlas, las enseñan. Los que no saben enseñar, enseñan a los que enseñan. Y los que no saben enseñar a los que enseñan, se meten en política (Muriel Barbero). Esto es la mejor explicación de por qué la política es como es y los políticos son como son y los que son.

Por eso, cada vez hay menos gente que quiere luchar por lo bueno porque, para ello, hay que saber y saber luchar. Pero la verdadera felicidad no está en hacer las cosas que se quieren hacer, sino en querer las cosas que se deben hacer. Saber y luchar es parte de lo que debemos hacer. El Instituto Empresa y Humanismo es feliz, esta celebración lo demuestra, porque hace cosas que se deben hacer y las quiere.

Y, entonces, y ahora, ha venido la crisis y se ha instalado en algunos "aquís". Porque no estamos en una crisis, como dicen algunos. Estamos en crisis, que no es lo mismo. Estar en una crisis es una situación, pero estar en crisis es una enfermedad.

Merecida, previsible y justa. Nos la hemos ganado a pulso. Unos más que otros. Las crisis son las formas que tiene el universo de hacer justicia. Los cambios son la expresión de la vida y, cuando la vida se siente amenazada, nos obliga a cambiar cuando no queremos cambiar.

Porque el cambio es la forma que tiene de trabajar la vida en esta parte del Universo y, mientras peor haga-

mos las cosas y mientras más cosas hagamos de las que no se deben hacer, más y mayores cambios nos manda la vida hacer.

Si hacemos una gestión inteligente, la vida nos manda hacer cambios suaves y atractivos. Si hacemos una gestión mediocre, la vida nos manda hacer cambios fuertes y costosos. Si hacemos una gestión torpe, la vida nos manda hacer cambios drásticos y dolorosos. La vida es el mejor juez de nuestra gestión y España está recibiendo su juicio de forma clara y rotunda.

Y, ¿cómo entendemos y medimos la crisis?

Con números, como hacen los funcionarios. Los números de las crisis siempre son indigestos.

Con insultos, como hacen los políticos. Los insultos son el placer corto de los ignorantes.

Con ideas, como hacen los que crean valor. Las ideas, si son buenas, no son escuchadas.

Con sueños, como hacen los que crean futuro, 25 años soñando son bastante, no suficiente.

Con la distancia al Humanismo. Creo que es la mejor forma de entenderla y de medirla.

Los que no aman, de verdad, la vida y no la respetan en todas sus formas, reciben crisis.

Los que no aman, de verdad, la familia y no la cuidan en su verdadera esencia, reciben crisis.

Los que no aman, de verdad, el trabajo y lo prostituyen con tintes sociales, reciben crisis.

Los que pertenecen a y pactan con el Estado corrompido, reciben crisis.

Los que no respetan a y se aprovechan de ella como parásitos, reciben crisis.

Los que no ayudan a construir una Sociedad educada y piden votos paletos, reciben crisis.

Los que parecen lo que no son y no son lo que parecen, reciben crisis.

Mientras más se aleje una sociedad del Humanismo, peor le va. España se ha alejado más que otros y le va peor que a ellos. Nadie nos va a sacar de la crisis. Solo los que piensen y piensen bien, que, probablemente, no sean suficientes, pueden intentarlo.

¿A qué distancia estamos del Humanismo? ¿Quién escucha y oye a quien y desde dónde? Es cierto que, probablemente, unos estemos más cerca que otros con la mente. Pero, desgraciadamente, todos estamos igual de lejos con el cuerpo.

El Renacimiento desarrolló un espíritu humanista que la economía no pudo hacer posible fuera de la intelectualidad. Hoy, cuando la economía podría hacerlo posible, el poder se ha hecho enemigo de la intelectualidad porque solo se puede alcanzar desde la ignorancia. Si entonces se fue desde el Renacimiento hacia el Huma-

nismo, hoy el recorrido inteligente sería desde el Humanismo hacia el Renacimiento. Hoy, la revolución necesaria es del Humanismo. Las espadas son las ideas.

Mi mente tiene muchos agradecimientos como deudas del Instituto. Pero mi corazón me pide que mencione aquí los que debemos a Alejandro Llano, a Leonardo Polo, a Chechu Zalbidea y a Rafael Alvira. Ellos son parte de la historia y de la obra del Instituto. Muchas gracias a ellos.

A Enrique Sendagorta, muchas gracias. Su presidencia ha sido siempre estimulante y orientadora, y este homenaje es una muestra de reconocimiento y una manifestación de cariño por su labor al frente de este instituto que, sobre todo, sigue siendo vida.

Estoy seguro que Luis María Ibarra está hoy, aquí, en los tres sitios. Como miembro, como Presidente y como Protector. Este homenaje también es para él. Muchas gracias, también.

Rafael Alvira

Catedrático de Metafísica de la Universidad de Navarra y Director del Instituto Empresa y Humanismo

nismo hacia el Renacimiento. Las espadas son las ideas.  
Mi mente tiene muchos ardores, muchas dudas.  
Pero mi corazón me pide que mencione  
aquí los que debieron a Alejandro Llano a Fernando  
Polo, a Chelva Zaldivar y a Rafael Alvira. Ellos son parte  
de la historia de la obra del Instituto. Muchas gracias  
a ellos.  
Aunque muchas veces he pensado que debería  
haber sido siempre estimulante y orientador, pero he  
nacido en una época de reconocimiento y una manifiesta  
tendencia a la labor al frente de este Instituto.  
que, sobre todo, sigue siendo vida.  
Como me gusta mucho la filosofía y como me  
interesa mucho la historia, como he leído y como he  
lecto. Este hombre también es para él. Muchas gra-  
cias, también.  
Pero, desgraciadamente, todos los días me voy  
de la vida con el cuerpo.  
El Renacimiento desarrolló un espíritu humanista que la  
economía no pudo hacer posible fuera de la intelectual-  
lidad. Hoy, cuando la economía puede hacer posible,  
el poder se ha hecho enemigo de la intelectualidad por-  
que solo se puede alcanzar desde la ignorancia. Si en-  
tonces se fue desde el Renacimiento hacia el huma-

¿Qué sentido tiene un Instituto Universitario de Empresa y Humanismo? No es una Facultad de Humanidades, ni de Economía y Empresa, ni es una Escuela de Negocios. Es un Instituto Universitario Interdisciplinar y Humanista centrado en el estudio de la sociedad civil, en particular en la que tienen sentido las empresas y organizaciones diversas, y a la que las humanidades tienen la obligación de intentar fecundar con su espíritu.  
Existen Institutos de Estudios Políticos, cuya tarea se cumple generalmente a través de la publicación de investigaciones de carácter teórico y con frecuencia, histórico. Hay también, aunque pocas, Escuelas de Formación Política -que suelen estar organizadas por partidos políticos- y Escuelas de Formación de Directivos Empresariales; todas ellas tienen un carácter práctico. La originalidad de nuestro Instituto es la de tener una filosofía y un diseño teórico-práctico. No puede ser de otro modo si se quiere ser humanista e interdisciplinario. Es decir que ejercitamos esta filosofía en la dimensión humana de la vida.  
Pero no se puede hacer bien si no se tiene

**Rafael Alvira**  
Catedrático de Metafísica de la Universidad de Navarra y Director del Instituto Empresa y Humanismo

¿Qué sentido tiene un Instituto Universitario de “Empresa y Humanismo”? No es una Facultad de Humanidades, ni de Economía y Empresa; no es una Escuela de Negocios. Es un Instituto Universitario Interdisciplinar y Humanista centrado en el estudio de la sociedad civil, esa precisamente en la que tienen sentido las empresas y organizaciones diversas, y a la que las humanidades tienen la obligación de intentar fecundar con su espíritu.

Existen Institutos de Estudios Políticos, cuya tarea se cumple generalmente a través de la publicación de investigaciones de carácter teórico y con frecuencia historiográfico. Hay también, aunque pocas, Escuelas de Formación Política –que suelen estar organizadas por partidos políticos– y Escuelas de Formación de Directivos Empresariales: todas ellas tienen un carácter práctico. La originalidad de nuestro Instituto es la de tener una filosofía y un diseño teórico-práctico. No puede ser de otro modo si se quiere ser humanista e interdisciplinar. Por eso, solemos decir que ejercitamos ésta –la interdisciplinariedad– en dimensión horizontal –las diversas áreas de conocimiento– y vertical –el diálogo de ellas con los actores sociales–. La teoría de la sociedad y de sus organizaciones no se puede hacer bien si no se tiene

contacto con dichos actores, y a su vez, un enfoque puramente práctico puede perfeccionar una sociedad, pero nunca cambiarla o mejorarla de verdad, pues eso no se puede hacer sin el recurso a la fundamentación.

Un trabajo como el que Empresa y Humanismo lleva a cabo se puede encuadrar en el ámbito de lo que se ha llamado clásicamente la gran política, la Política con P mayúscula, que estudia la sociedad en sus estructuras y en su vivir con implicación cordial y a la vez con la distancia suficiente para poder conocer la de verdad y sin partidismos políticos o económicos. Por eso alguna vez albergué la ilusión de que “Empresa y Humanismo” tuviera por subtítulo el de “Instituto de Estudios Políticos teórico-prácticos”.

En cualquier caso, la idea fundacional iba en esa dirección, y se correspondía, a mi modo de ver, muy bien con dos ideas también fundacionales de nuestra Universidad –tantas veces repetidas por San Josemaría– como son la atención primordial a lo interdisciplinar y a lo humanístico. Esa atención no puede ejercitarse de modo difuso, sino que necesita un ente que se haga cargo de ella, pues de otro modo se pierde en actuaciones puntuales y buenos deseos. No es el fin de una Facultad el organizar lo interdisciplinar.

Hablaba de lo teórico-práctico. El saber en Occidente comienza con dos Escuelas: la de Mileto tenía un estilo más práctico-profesional; la pitagórica, más bien humanista. Ya desde el inicio, pues, se dibuja la tensión que

aún hoy acecha a la Universidad. Las Escuelas no juegan, sin embargo, un papel social relevante –con algunas excepciones– en la Antigüedad. Es la Edad Media cristiana la que tomará conciencia del papel central del saber para la sociedad, y lo demuestra con la institucionalización del saber a través de la creación originalísima de la Universidad. Sólo la Iglesia la supera en cuanto Institución que ha conquistado los cinco continentes.

La esencia de la Universidad fue el amor al saber. Su cultivo se llamaba latinamente *estudio*, y al ser el amor al Logos divino el fundamento de todo saber, la Universidad difundía un espíritu nunca visto hasta entonces a toda la sociedad. Tras el periodo revolucionario de finales del siglo XVIII es el Estado el que se hace cargo de la Universidad –salvo en el mundo anglosajón– y le cambia la orientación: ahora no se trata de formar la sociedad cristiana, sino a los ciudadanos del nuevo mundo meramente laico. Pero, aunque se quiera esconder, tanto el Estado como la Universidad de ella surgida han tocado fondo: la fórmula no funciona. Y entonces parece no quedar más tabla de salvación que mirarse en las Universidades anglosajonas, y particularmente en las estadounidenses. En el fondo, el atractivo de ellas está en su integración en la sociedad civil; su problema reside en la concepción progresivamente economicista de dicha sociedad civil.

Antes de la llegada de estas nuevas tendencias, Empresa y Humanismo tenía claro que el objetivo era contribuir

al florecimiento de una nueva sociedad civil, en la que la Universidad fecundase con su espíritu a las instituciones –particularmente también las empresas– y a su vez se enriqueciese a través del diálogo con ellas. La relación profesional empresa-universidad es de gran relevancia, pero no tiene por tarea el generar y mantener ese diálogo. Se trataba de poner en primer plano de nuevo el amor al saber, y de añadirle el amor al trabajo junto con el interés central por la persona humana y el decidido propósito de cambiar una sociedad que, aunque se considera civil, lo es cada vez menos.

Nuestra voluntad no ha sido nunca la de ser excelentes en el sentido actual de la expresión. Queríamos –queremos– simplemente ser dignos. La *excelencia* está bien si se refiere a la “obra bien hecha”, pero hoy se concibe sobre la comparación; la *dignidad*, por el contrario, se ha basado siempre en el servicio. Son dos cosas bien distintas. Y lo paradójico es que quien busca esa excelencia acaba siendo siervo de ella, mientras que la dignidad es siempre señorío.

Señorío: he aquí una palabra hoy apenas comprendida en nuestro mundo que, al convertir los medios –el dinero siempre necesario– en fines, entroniza el espíritu servil en la cumbre de la sociedad y desconoce por completo la grandeza del espíritu humano. Un aire así es irrespirable para una Universidad que merezca tal nombre. Desde los Estados Unidos –país y pueblo, por lo demás, maravillosos– se impone una Universidad –se

quiera o no, es así– en la que la investigación para obtener resultados, por supuesto también económicos, pasa a ser el centro y clave fundamental. Ahora bien, eso no tiene nada que ver con la Universidad: en ella se cultiva primaria y centralmente el amor al saber, y *como consecuencia de él*, se investiga. Parece lo mismo, pero es completamente diferente. Lo primero es excelencia y búsqueda de beneficios, lo segundo servicio, señorío. Empresa y Humanismo pensó que la humildad de servir en la empresa y la universidad engendraba espíritus grandes y nobles, mientras que la experiencia muestra que en la empresa y la universidad las tendencias actuales generan pequeñez y humillación.

Por eso ha sido para el Instituto un precioso regalo el contar desde el primer momento con personas que han comprendido bien ese espíritu. Querría nombrar a tantos, pero no es posible. Alguno sí, para que no parezca un aniversario abstracto: Alejandro Llano y Tomás Calleja, Agustín González Enciso y Miguel Alfonso Martínez Echevarría, Marina Martínez y Montserrat Herrero, José Luis Carranza y Rafael Potti, Alejo Sison y Felipe Prósper, Claudia Osinaga y Camino González, José María Zalbita y Guido Stein, Reyes Calderón, Alfonso Nieto, José María Bastero, Ángel José Gómez Montoro, Ángel Cano, Juan Ignacio Apoita, Alberto Horcajo, Felipe Gómez-Pallete, José Manuel Morán. Ricardo Rovira, Leonardo Polo, Carlos Llano, Jaime Pereira, Iñaki Vélaz, Héctor Ghiretti, Álvaro Pezoa, Guillermo Garrón, Miquel Bastons, Juan

José Aróztegui, Luis Basabe, Ginés Clemente, Carlos Bergera, Ramón Mateo, Eduardo Martín del Olmo, Leire Uribeetxebarria, M<sup>a</sup> José Pallarés, Cristina Bozal, Belén Moncada, Carmen Erro, Rosana Garcíandía, Raquel Lázaro, Alfredo Cruz y Kurt Spang. Y, naturalmente, nuestros dos Presidentes, D. Luis María Ybarra y Don Enrique Sendagorta.

Don Luis María, junto con Flora, permanecen inolvidables en nuestra memoria. Nuestro afecto y gratitud hacia ellos son la respuesta lógica a todo lo que nos quisieron y ayudaron. Don Luis María y Don Enrique: personalidades bien diferentes, pero con un rasgo común –del que participa también nuestro nuevo Presidente, Eduardo Olier– que quisiera resaltar ahora, y es, precisamente, su señorío.

Fue lo primero que me impactó cuando conocí a Enrique: su inmensa dignidad. No buscaba la imagen, no le importaba la posición. Pero tenía –y tiene– una ilusión asombrosa por todo lo que hace, amaba el trabajo, gozaba aprendiendo.

El Fundador de nuestra querida Universidad decía que había dos tipos de dirigentes: los que mueven golpeando desde atrás, y los que se ponen al frente y abren camino. De este último tipo es y ha sido siempre Enrique, como lo fue D. Luis María. Son figuras impagables, ante las que el agradecimiento siempre se queda corto.

Además, es muy difícil encontrar personas que combinen, como él, la pasión por la empresa con una experiencia política y bancaria pero, sobre todo, con una riqueza humana y humanística excepcional. Enrique es ingeniero y empresario, pero lee más y mejores libros que la mayoría de los autotitulados humanistas, pinta cuadros excelentes, tiene una pluma estupenda –como muestran sus escritos–, sabe todo de música, de historia, de sus queridos País Vasco y España, y, cómo no, del mar.

Un espíritu así, siempre joven, deportista, íntegro, con la mirada siempre en Dios, en su maravillosa familia –Mari en el centro–, en sus numerosísimos amigos y en sus múltiples aficiones, no puede, constitutivamente, jubilarse. Por eso, en este día de tan gran alegría por poder ofrecerle una pequeña muestra del reconocimiento y del afecto de todo el Instituto, nuestra alegría está también en que sigue con nosotros. Muchas gracias.

Enrique de Sendagorta

Presidente de honor de SINEB y Presidente  
del Instituto Empresa y Humanismo



Cuando llegué a la edad proveya, como se consideraba hace no mucho tiempo la de los 70 años, recibí de muchos amigos parabienes, y amables recomendaciones de que disfrutase, de que lo pasara bien, de que olvidara trabajos y preocupaciones y me dejara mimar por la buena vida. No tuve que pensar mucho sobre ello porque desde el primer momento me pareció que seguir aquellos consejos sería, para mí, causa del mayor decaimiento. Me acordé entonces del Rey Lear, que tenía el propósito firme de librarse en su vejez de toda obligación respecto a la gobernación de sus reinos, pero le salieron mal las cosas, se volvió loco y murió. Así fue como, en conversación con el difunto Shakespeare, éste me vino a repetir el buen consejo de continuar mi vida como siempre, tomar el trabajo como una bendición y no rehuir responsabilidades proporcionadas a mis capacidades, y me encontré, por bondad de la Universidad de Navarra, con el honor de ser nombrado Presidente del Instituto Empresa y Humanismo, para suceder a Luis María Ybarra, buen amigo, excelente y muy querido primer Presidente de esta Institución. Hoy, con dieciséis años más, digo que el Instituto necesita nueva juventud, lo cual no significa que no pudiera yo hacerle algún ser-

vicio útil, aunque fuera modesto. Por esta razón, agradecido por este amable cese, endulzado por vuestros desvelos para hacerlo grato, olvido totalmente aquello de “partir c’est mourir un peu”, y quedo hasta cuando Dios quiera a disposición de la Universidad y de su Rector, del Instituto y de su Presidente, como estoy ahora a disposición de SENER, la empresa familiar que fundé hace ya casi sesenta años y en cuyo consejo y afanes aún participo. Deseo que Empresa y Humanismo no sea para mí, ni para mi familia, especialmente para María Luz, para mis hijas e hijos ni para mis nietos, tres de los cuales han querido a toda costa acompañarme, mera proximidad, sino, para todos, recrecida simpatía y afecto. De esta forma, unos y otros me hacéis el gran favor de alimentar mi agradecimiento y, por tanto, mi alegría.

Tuve, en un momento, la idea de hacer hoy un balance de lo que el Instituto me ha enriquecido en estos años, pero vi pronto que la descripción sería o demasiado corta para dar cuenta de lo mucho recibido por mí, o larga en exceso para el tiempo de que disponemos. También pensé que el balance del Instituto lo hará algún día, con mayor precisión, su Director Rafael Alvira, que se deja la vida en un incansable, un permanente pensar y trabajar por la Universidad, por el Instituto y su gobierno, por los profesores y por los alumnos, y por la filosofía. Rafael es una persona de las que se encuentran raramente en la vida. No solamente le admiro, sino que, al mismo tiempo, me gozo feliz y honrado al sentir en

mí gratitud por su disponibilidad sin fallo y por su amistad tan alta.

Considero primordial, por justicia y por afecto, reconocer a sus colaboradores principales, que constituyen un formidable equipo y son personas que le hacen a uno la vida y el trabajo más fáciles. Saberes, entusiasmo y valía humana como los suyos, son factores definitivos para la calidad y el engrandecimiento de cualquier organización. Montserrat Herrero, Agustín González Enciso, Miguel Alfonso Martínez Echevarría, Raquel Lázaro, Alejo Sison, Alfredo Cruz, Reyes Calderón, Leire Uriberetxebarría, Cristina Bozal, Belén Moncada, Marina Martínez, M<sup>a</sup> José Pallarés, Claudia Osinaga y otros que nos ayudan son las personas a que me refiero. Muchas gracias a todos y, con las gracias, mi afecto. Os lo merecéis tan sobradamente que me siento incapaz de encontrar palabras para expresarlo.

Debo también agradecer muy especialmente a nuestras empresas amigas y recordar a los vocales miembros del Patronato, que nos han asistido siempre con generosidad y buen sentido, y nos han animado a seguir trabajando con optimismo: Tomás Calleja, Ángel Cano, José Luis Carranza, Rafael Potti, Felipe Prósper, Alberto Horcajo, Guido Stein, José Ramón Pardinás y otros amigos del Instituto que a lo largo de estos años han sido partícipes y ponentes en jornadas de trabajo o han impartido conferencias en nuestras aulas.

Añado mi agradecimiento a los rectores de la Universidad que me han correspondido: Alfonso Nieto, Alejandro Llano, José M<sup>a</sup> Bastero y Ángel José Gómez Montoro. Todos ellos nos han regalado su confianza, que es lo que más se agradece y lo más valioso para sacar adelante cualquier empresa. Han escuchado nuestros planteamientos y atendido en lo posible las peticiones de apoyo a nuestro Instituto, que sin duda alguna es uno de los aciertos más singulares de esta Universidad de Navarra y que, como ahora se dice, tiene mucho recorrido.

Como luminosa referencia nunca olvidaré el haber asistido el 8 de octubre de 1967 a la Santa Misa celebrada por San Josemaría Escrivá, y haber escuchado su transcendental homilía "Amar al mundo apasionadamente" en la que nos habló del materialismo cristiano, de la libertad cívica, de la promoción económica, del papel de la universidad y del amor humano, para concluir anunciando la grandeza y la misericordia de Dios. Su lectura, que tanto me ha ayudado, contiene todo cuanto es y a cuanto aspira nuestro Instituto. También recordaré siempre que, con María Luz, pudimos aquí saludar al Cardenal Ratzinger, hoy el Papa Benedicto XVI, y en varias ocasiones escuchar a los Prelados del Opus Dei Don Álvaro del Portillo y Don Javier Echevarría.

La empresa ha sido objeto de mi práctica y de mis reflexiones y estudios durante más de sesenta y cuatro años. Las fuentes en que bebí en mi permanente formación

fueron: la contemplación admirativa de los hechos conocidos y de los deductivamente imaginados de mi padre, la cooperación y la amistad de mis dos hermanos, uno marino de guerra y el otro ingeniero aeronáutico y también empresarios; el ejemplo de Gregorio López Bravo; los estudios de ingeniería naval, y mis viajes de conocimiento de industrias; mis primeras experiencias en los muelles, los talleres y la oficina de proyectos de la *Naval* de Sestao y en Sulzer, Suiza; la fundación, maduración y seguimiento continuo de SENER; la exportación de la construcción naval española en el Cono Sur de América; la dirección del Comercio Exterior y la liberalización de la economía española con el ministro Don Alberto Ullastres; el mando de la *Naval* como su primer ejecutivo; la presidencia de *Petronor*; el Consejo del Banco de Vizcaya y luego del BBV hasta 1995. Sobre ello mi afán de aprender, que me llevó a estudiar en los grandes tratadistas de la empresa, cursar en el IESE con excelentes profesores el primer PADE que se hizo en Madrid, y asistir activamente a encuentros con altos directivos de empresas europeas, de los que destaco un intenso curso de tres días en la Universidad de Ginebra y una también apretada semana con banqueros, profesores y periodistas en Frankfurt. Sobre ello, lo aprendido en el Instituto Empresa y Humanismo en sus jornadas de trabajo, en sus Foros en distintas ciudades españolas, en reuniones interdisciplinares y en la preparación de algunas publicaciones y conferencias mías. Destaco también la escucha y el trato de invitados extranjeros del

Instituto, punteros del pensamiento humanista y del mundo económico y empresarial, entre los que sobresalen François Michelin, Claude Bébéar, Amartya Sen, Robert Spaemann, Paul Dembinski, Herbert Simon, Kenneth Goodpaster, Ramalho Eanes, Joaquín Lavin, J.B. Elstain y Anibal Cavaco Silva. También he aprendido no poco en mi casa, con mi familia: con María Luz, de formación germánica y musical; Luz, filóloga, lectora impenitente; Jorge, Ingeniero Naval, Master en ingeniería oceánica en el MIT y PADE en el IESE; Montse, filósofa en Madrid y Stanford, hoy Gerente de la Real Academia Española; Cristina, Veterinaria y manager de dos de sus hijas universitarias y campeonas ecuestres; Enrique, médico investigador y MBA en la Universidad de Nueva York, que colabora con el CIMA, y Ana, también médico, oftalmóloga y Presidente de la Fundación Pablo Horstmann, que dirige un Hospital Infantil en Kenia. No me extiende a mis nueras y yernos, todos ellos profesionales abiertos a la cultura, a los que no cambiaría por nadie.

Con todo, mi principal experiencia ha sido SENER: por mis vivencias en la aventura de emprender, por el desarrollo profesional al que nuestro objeto social, vocacional, nos incitaba y exigía, y por el sentido de responsabilidad adquirido en la lucha diaria para seguir a flote, siempre con voluntad determinada de ir más lejos. Desde su fundación hasta hoy, más de sesenta años de acción y de seguimiento. Los primeros solamente con los valientes que me siguieron en la juvenil arrancada y

en el logro de los primeros éxitos. Seguidamente bifurcaciones, no buscadas ni esperadas, me hicieron crecer en confianza y admiración por mi hermano y socio en SENER, José Manuel, genial en sus veinticinco años de mando ejecutivo, hasta su enfermedad en 1985. Después otra vez mi Presidencia, con mi hijo Jorge como Director General y luego como Presidente, hasta el día de hoy, cuando cuenta ya el cuarto de siglo en el mando con éxitos humanos, técnicos y económicos excepcionales. De la familia, y en relación con el Consejo, Andrés Sendagorta McDonnell es Vicepresidente, Enrique Sendagorta Gomendio es Consejero y Presidente de *Torresol*, Pablo Sendagorta McDonnell, Consejero, y yo mismo Presidente de Honor con voz. Los otros Consejeros que hacen mayoría son profesionales externos no accionistas, y un directivo interno.

En 1956 empecé SENER en Bilbao con la ingeniería naval, poco más de una docena de delineantes y una secretaria. Hoy SENER, con más de una docena de emplazamientos en el mundo, comprende las ingenierías aeronáutica, espacial, civil, naval y la de energía y procesos, que va acompañada de varias empresas filiales orientadas a la ecología y a energías renovables, en las que nuestra técnica térmico-solar tiene gran aceptación. Para la producción eléctrica solar, estamos asociados con la empresa *MASDAR* de Abu Dhabi, que tiene el 40% de *Torresol*. En la aeronáutica somos mayoritarios, socios de referencia, de *Industria de Turbopropulsores, S.A.*,

*I.T.P.*, asociada con *Rolls Royce*, y principal en la producción de turbinas de baja presión de motores reactores para aviones militares y civiles.

La fuerza interna de nuestros desarrollos nos ha llevado a una gran expansión, como muestran las cifras siguientes correspondientes al año 2010: ventas: 1.050 millones de euros, que duplican con exceso las de 2006; media de inversiones en últimos cuatro años: 160 millones de euros por año, de los que sesenta millones son en I+D; beneficios anuales antes de intereses, impuestos y amortizaciones: 120 millones de euros; las personas empleadas en el Grupo han pasado de tres mil trescientas en 2007 a cinco mil quinientas en la actualidad.

Quiero, en esta despedida, decir algunas palabras sobre ideas en las que últimamente me detengo con frecuencia. Se trata de la mejora de los hombres en la empresa, que es fin tan importante como su economía.

En nuestra sociedad, el objeto supremo es el dinero, y el humanismo, esto es, la consideración de la dignidad de todo hombre como criatura de Dios, más bien se va debilitando. No se acepta, ni se ve como premisa obligada, que el progreso económico deba ir vinculado al desarrollo integral humano y social; se persigue el primero, pero en la mayoría de las empresas no se procura esforzadamente el perfeccionamiento del hombre en su totalidad.

Olvidamos que el progreso debe ir sobre dos categorías estrechamente unidas: la razón y la libertad. La primera es justicia, es bondad, es poder del bien y para el bien, y la segunda es camino del hombre a su plenitud. Así, el progreso que aporta una empresa es tanto el incremento de riqueza como la mejora de los hombres, que deben poder avanzar hacia su bien más universal y más pleno. Ya Pablo VI, en *Populorum Progressio*, nos decía: "El verdadero desarrollo no es el incremento del PIB, sino el paso de condiciones menos humanas a condiciones más humanas". El capital moral y social que los hombres originan en su vida de trabajo normal es verdadera riqueza formada por bienes inmateriales, como son la instrucción, la formación profesional, la cultura, la convivencia, el orden, la comunicación, la sana ambición de ser más, la defensa del ambiente natural, y tantas pequeñas virtudes que van desde la forma de presentarse, hasta las palabras que se usan en la conversación. El capital social es, por otra parte, el conjunto de relaciones de confianza, de respeto a las reglas de la convivencia civil, y de promoción de instituciones subsidiarias que coordinan a individuos y familias para componer unidades organizadas y dirigidas a acrecentar el bien común. Son bienes que no tienen un precio ni se asientan en ninguna contabilidad, pero que acumuladamente cambian una sociedad.

Los hombres se ennoblecen en el trabajo, como dice Maeztu, y muestran, según Simone Weil, incluso en el

trabajo físico, su más alto valor espiritual, esto es, su vocación de plenitud. Empresa y Humanismo, por su propia definición, estuvo siempre en la mejora de los hombres en el trabajo y pienso que podría reverdecer, con los empresarios, la importante lucha de todos por el perfeccionamiento humano y mostrar caminos inteligentes para lograrlo en la mayor medida posible. Los beneficios intangibles del trabajo son humana y socialmente grandísimos y también contribuyen progresivamente a la competitividad y al aumento del empleo.

Les ruego me perdonen esta breve excursión por un problema grave de España. Tenía necesidad de hacerlo, porque no es deseable que nadie —especialmente si es empresario— se acostumbre a esta incapacidad nacional para dar trabajo a los jóvenes, cuando precisamente ahora, junto con los muchos nada preparados, hay tantos bien formados y capacitados como nunca los tuvo nuestro país. Pensemos siempre que el trabajo es un bien formidable.

Señoras, Señores, queridos amigos, vuelvo al corazón de mi despedida para manifestarles mi confianza en Eduardo Olier, el nuevo Presidente. Es una persona experimentada en el mundo empresarial y lleno de juventud, ingeniero de telecomunicaciones, que ha trabajado en la Agencia Europea del Espacio, en Repsol, en I.B.V., y actualmente es Presidente de *Simed*. Es un gran directivo empresarial, muy humano y muy responsable. Estoy seguro de que, junto a Rafael Alvira y su equipo, tomará

rápidamente las riendas para dar un nuevo impulso a nuestro querido Instituto. Le deseo contento y muchos aciertos en tarea tan gratificante.

De todo corazón un abrazo, mil gracias a todos y siempre lo mejor para nuestra querida Universidad.

Ángel J. Gómez Montoro

Excmo. Rector de la Universidad de Navarra



Es para mí un honor poder presidir este acto conmemorativo del XXV aniversario del Instituto Empresa y Humanismo en el que, además, queremos rendir un homenaje especial a Don Enrique de Sendagorta, por todos estos años como Presidente del Instituto.

Celebramos los veinticinco años de una institución que, desde sus comienzos, se propuso contribuir –mediante la investigación y la docencia– a solucionar los problemas que plantea la creciente complejidad de nuestra sociedad; de manera especial –aunque no exclusiva– los relacionados con el modo de integrar la empresa y la actividad económica en la sociedad civil. Y lo hizo, además, con un marcado y pionero carácter interdisciplinar.

Seguían así la senda marcada por el primer Gran Canciller de la Universidad de Navarra, San Josemaría Escrivá, quien insistió con frecuencia en que la universidad debe contribuir al progreso humano ocupándose de los más variados problemas; “la universidad –son sus palabras– no vive de espaldas a ninguna incertidumbre, a ninguna inquietud, a ninguna necesidad de los hombres. No es misión suya ofrecer soluciones inmediatas. Pero, al estudiar con profundidad científica los problemas, remueve también los corazones, espolea la pasividad, des-

pierta fuerzas que dormitan, y forma ciudadanos dispuestos a construir una sociedad más justa”<sup>1</sup>.

Con la mirada puesta en esos objetivos, el Instituto nació en 1986, en momentos de crisis y con el despuntar de una nueva configuración social y económica, cuando tantas ideas y estructuras mostraban su debilidad para resolver los grandes problemas de nuestra época. Como se nos ha recordado, un grupo de hombres de empresa, con visión amplia y convencidos de la necesidad de rediseñar la sociedad en la que vivimos, acudió a la Universidad de Navarra en busca de personas que quisieran poner de manifiesto la eficacia práctica de las humanidades y su relevancia para un adecuado desarrollo de la actividad empresarial.

Por parte de las empresas tomó la iniciativa Tomás Calleja (Iberdrola) y, con él, José María Zalbidea (Iberdrola), Felipe Gómez Pallete (IBM) y Manuel Herrán (Compañía Sevillana de Electricidad). Y Luis María de Ybarra y Oriol (Banco Bilbao Vizcaya) fue nombrado su primer Presidente. Por parte de la Universidad de Navarra se unieron a esta iniciativa Alejandro Llano, Leonardo Polo, Rafael Alvira y Jaime Benguría. En el correr de los años ha ido creciendo el número de incondicionales al Instituto, como es el caso de sus dos insignes presidentes: D. Luis M<sup>a</sup> de Ybarra y, el hoy homenajeado, D. Enrique de Sendagorta.

Se podrían citar muchas personas más –del mundo empresarial y del académico– porque el Instituto Empresa

y Humanismo se caracteriza por ser un espacio abierto donde cabe la colaboración de muy diferentes personas. Es un gran ejemplo de cómo debe organizarse una institución contemporánea, en red y con un modelo horizontal y flexible. Casi se podría decir que es un amplísimo espacio de diálogo internacional, pues con la creación del Master en Gobierno y Cultura de las Organizaciones, por fin el Instituto respira también con el pulmón de países alejados de nuestra cultura occidental: de África, América e incluso la propia China. En algunos de ellos, como fruto de la semilla del Instituto, van surgiendo instituciones que lo emulan, ampliando así su radio de acción de modo ejemplar. Es una institución moderna, con un estilo propio, que –como he podido comprobar muchas veces– deja huella en las personas que comparten su actividad. Su corazón está en la Universidad de Navarra, pero sus márgenes salen fuera de ella en una vocación de servicio a la sociedad y, por tanto, a cada hombre.

El humanismo ha sido siempre la orientación del Instituto que, a través de sus publicaciones y de sus actividades, ha conseguido delinear con claridad en qué consiste esa forma de ver la sociedad. El humanismo cristiano aporta un sólido fundamento para cambiar una sociedad que se encuentra –en palabras de Benedicto XVI– “profundamente marcada por un subjetivismo que tiende a desembocar en el individualismo extremo o en

el relativismo, y que impulsa a los hombres a convertirse en única medida de sí mismos”<sup>2</sup>.

La finalidad del Instituto es ayudar a superar esos peligros, contribuyendo a perfeccionar una filosofía práctica económica, empresarial y política que sirva a la mejora de la sociedad, y realizarlo mediante un diálogo continuo entre empresarios y académicos, de manera que se generen nuevas actitudes y nuevas ideas operativas. Para conseguirlo, ha llevado a cabo numerosos proyectos de investigación, muchos de ellos centrados en el progreso de la sociedad civil, un concepto que el Instituto fue pionero en reivindicar hace ya muchos años.

Por todo ello, por tantas cosas que han salido en las intervenciones anteriores y por tantas otras que –si se me permite la expresión– han quedado en el tintero, tiene pleno sentido que hoy celebremos estos primeros veinticinco años de vida del Instituto Empresa y Humanismo. Como lo tiene que este acto esté marcado, muy especialmente, por el agradecimiento. Un agradecimiento, que me corresponde expresar, en nombre de la Universidad de Navarra, a cuantos habéis hecho posible de una u otra forma lo que hoy es el Instituto. Gracias en particular por la audacia y magnanimidad de los primeros, que atisbasteis esta necesidad de proponer la formación humanística como fundamento de la sociedad. Me atrevo a pedir os que sigáis siendo el estímulo necesario para reconstruir una sociedad que, como ha evidenciado la presente crisis económica, está tan necesitada de princi-

pios éticos. Estoy seguro de que ese es el espíritu que anima al nuevo Presidente, don Eduardo Olier, a quien agradezco de corazón que haya aceptado asumir esta relevante –y apasionante– tarea.

Permitidme que tenga un agradecimiento especial para el Profesor Rafael Alvira, quien ha ocupado la dirección del Instituto en estos cinco lustros con una generosa dedicación –que ha tenido que compatibilizar con muchas e importantes tareas docentes, investigadoras y de gobierno– y con un entusiasmo y una tenacidad que han permitido superar todas las dificultades.

Y por supuesto, y aunque a él no le hará ninguna gracia, nuestro agradecimiento más especial se dirige hoy a don Enrique. Es conocido que don Enrique es de esas personas que no se dejan fácilmente agradecer los servicios que prestan, antes bien son ellos los que, tantas veces, se adelantan a dar las gracias. Pero él mismo ha querido abrir uno de los capítulos de sus recuerdos autobiográficos con unas palabras de Cervantes que yo ahora tomo prestadas: “Dijo Don Quijote, mira Sancho, bien puede ser que un caballero sea desamorado pero no puede ser, hablando en todo rigor, desagradecido”.

El homenaje que ahora le tributamos me permite dejar constancia, en nombre de la Universidad de Navarra, del profundo y debido agradecimiento por los años que ha ejercido como Presidente del Instituto Empresa y Humanismo, un período en el que ha sabido transmitirle su magnanimidad de emprendedor brillante y audaz, y el

sentido de servicio de un hombre bueno y sincero como pocos. Una labor en la que nunca se ha conformado con teorías o sugerencias, sino que su implicación en este proyecto universitario ha sido absoluta e incuestionable, procurando –como él mismo reconoce en los mencionados recuerdos de su libro *¡Aquí estamos!*– “dar lo que pude de mi tiempo y todo mi calor y entusiasmo” (p. 380).

Permitidme también que muestre un agradecimiento más personal a Don Enrique, ya que durante estos años en los que he podido tratarle más de cerca, he tenido la fortuna –que siempre agradeceré enormemente– de beneficiarme de sus sabios consejos, llenos de ponderación e inteligencia.

Todo esto es lo que queremos reconocer en este acto, sencillo pero entrañable, en el que tenemos además la fortuna de contar con la presencia –que tanto agradecemos– de tu mujer Mari Luz, de vuestros hijos, y de tantos amigos que han querido acompañarte en este día tan especial.

En nombre de todos ellos y en de la Universidad de Navarra, querido Enrique, muchas gracias.

1 S. Josemaría Escrivá, “La Universidad ante cualquier necesidad de los hombres”, Pamplona, 7 de octubre de 1972.

2 Benedicto XVI, Mensaje a los miembros de las Academias Pontificias, 5 de junio de 2005.

